

«YA VOY, SEÑOR»

IV Centenario de la muerte de san Alonso Rodríguez, SJ



EL 31 de octubre de 1617 falleció en Palma de Mallorca, en el Colegio de Nuestra Señora de Montesión, de la Compañía de Jesús, el Hermano Alonso Rodríguez.

Durante 47 años había sido el portero de Montesión, amén de religioso devoto y consejero espiritual de gran parte de la sociedad de su tiempo. En vida se le conocía como el *santo de la portería*, expresión premonitoria de su futura canonización.

VIDAS PARALELAS

En una primera aproximación resulta aventurado formular cualquier comparación con san Ignacio de Loyola. Sin embargo, no es menos cierto que, tratándose de otro ungido por Dios, puedan hallarse semejanzas con el fundador de la Compañía.

En ambos puede apreciarse un giro copernicano a sus vidas antes de la llamada del Señor. Ignacio era gentilhomme en el Castillo de Arévalo a las órdenes de D. Juan Velázquez de Cuéllar y luego del duque de Nájera, en cuyo servicio resulta herido en el sitio de Pamplona de 1521. Queda postrado un tiempo, lo que le obliga a replantear su vida. Alonso Rodríguez padece el drama de la muerte de sus hijos y su esposa en un tiempo que, aunque era más común no era menos trágico.

En ambos influye decisivamente la lectura de obras religiosas. Durante su enfermedad Ignacio lee el *Vita Christi Cartuxano* y la *Leyenda Áurea* de Jacobo de la Vorágine y se inspira en la vida de los santos del cristianismo. Siente devoción por san Onofre, frecuenta la ermita de Nuestra Señora de Olatz de Az-

peitia y se plantea visitar la cartuja sevillana de Las Cuevas. Alonso recuerda el paso de jesuitas por Segovia (posiblemente Pedro Fabro), invitados por su padre a la finca familiar El Rafal, cuando apenas tenía 12 años.

Ignacio y Alonso abandonan su vida convencional y emprenden, en línea con el interior de búsqueda del Señor, un viaje físico, solos y a pie. Ignacio se dirige a Manresa, viviendo en la soledad anacorética y en cuya cueva escribirá sus Ejercicios Espirituales. Alonso emprende con tesón su aventura para incorporarse a la Compañía de Jesús. Primero en Valencia, en el colegio de San Pablo, y durante su segundo año de noviciado, en el colegio de Montesión en Mallorca.

Ambos tendrán serias dificultades para conseguir su propósito. Ignacio resultará sospechoso de heterodoxia –tendrá que sortear hasta ocho procesos– y sufrirá cautiverio en Alcalá de Henares y Salamanca. Mientras que a Alonso le afearán su avanzada edad de 39 años para ordenarse. A la Compañía le preocupaban su edad –difícilmente podía ser un escolar y dedicarse con provecho a la formación como jesuita– y la salud, como óbice a la misión que se le pudiera encomendar.

Sin embargo, el tesón y la ayuda de Dios les permitirán alcanzar

sus metas. San Ignacio funda la Compañía de Jesús y obtiene la bula fundacional del Santo Padre Pablo III, mientras que Alonso Rodríguez consigue convertirse en hermano jesuita.

Los dos mueren en olor de santidad y en consecuencia son canonizados por la Iglesia Católica.

«ADMITÁMOSLE PARA SANTO»

Frente a toda la adversidad, después de una breve experiencia anacorética en la ermita valenciana de San Mateo, el Padre Cordeses, SJ, Provincial de la Compañía en Aragón, en contra del parecer de la Comunidad, decidió el ingreso de Alonso Rodríguez en la Compañía con una sentencia premonitoria: «Admitámosle para santo».

Resulta difícil entender cómo y cuándo se inicia el camino de la santidad, e incluso determinar si el santo nace o se hace. Es evidente que Ignacio de Loyola no nació santo, tomando parte activa en las batallas entre oñacinos y gamboínos, y siendo capitán del ejército castellano contra los partidarios de la casa Albret, franceses y navarros. En cambio la vida de Alonso, desde su más tierna infancia, se aproxima a los valores de la santidad: la humildad, la devoción, la entrega y la pobreza.

Cuando el P. Cordeses decidió la incorporación de Alonso a la Compañía, no iba tan descabellado ante una personalidad tan acorde a la vida cristiana.

«YA VOY, SEÑOR»

Como hermano, Alonso Rodríguez fue nombrado portero del colegio y residencia de Nuestra Señora de Montesión en Palma de

Mallorca. Hoy es el colegio de jesuitas activo más antiguo del mundo. Fue fundado por cinco jesuitas, a quienes los jurados de la Ciudad les entregaron la capilla de la Presentación de la Virgen en el Templo, conocida como «de Nuestra Señora de Montesión», en el solar donde antaño había habido una sinagoga.



Visión del Beato Alonso Rodríguez, de Francisco de Zurbarán.

El oficio de portero no era poca cosa. Más allá del orden y buena intendencia de la casa, ponía en comunicación a la comunidad con el mundo exterior.

La expresión que mejor define a san Alonso es su célebre «Ya voy, Señor». Cada vez que escuchaba la campana, se levantaba presto, pensando que al abrir la puerta iba a encontrar a Jesús al otro lado.

Esta expresión es netamente ignaciana, porque sitúa a Dios en el centro de todas las cosas. «Ya voy, Señor» constituye una voluntad de identificar a cualquier hijo de Dios con el Padre; revela una forma de vida *Ad maiorem Dei gloriam*.

Alonso Rodríguez fue consejero y confidente espiritual de gran parte de la sociedad mallorquina de su tiempo, aplicando el discernimiento ignaciano a sus sugerencias y mensajes. Por otro lado, desde su trabajo de portero contribuye sin duda a la misión ignaciana, desplegando su servicio amoroso hacia cualquier persona, con entrega y ayuda, de obra o de palabra, en su camino hacia la santidad.

EL LEGADO DE SAN ALONSO

Rodríguez legó su colección de textos, formada por diálogos con el Señor y la Virgen, del género místico. Mucho tuvo que ver una tabla gótica del *Ecce Homo* de Montesión, con la que –según la tradición– Alonso mantenía vivas y sentidas conversaciones.

No podemos olvidar que Alonso (1532-1617) es contemporáneo de san Juan de la Cruz (1542-1591) y santa Teresa de Jesús (1515-1582). Hasta el punto de que los tres nacieron en un entorno geográfico próximo en el contexto de lo que se ha dado en llamar

la alegría cristiana del siglo de oro. Posiblemente su legado literario no sea equiparable en calidad al de estos doctores de la Iglesia, si bien forma parte del género místico de la época.

Por tanto, si la mística es el conocimiento del misterio, la vida de san Alonso es la experiencia de Dios, la santidad, el camino de perfección, la unión del alma con el Verbo.



Cada vez que escuchaba la campana, se levantaba presto, pensando que al abrir la puerta iba a encontrar a Jesús al otro lado.

Más allá de sus escritos, muy difíciles de aprehender para el común de los mortales, lo que queda de Alonso Rodríguez cuatrocientos años después es un ejemplo de vida abnegada, de superación ante la adversidad y de búsqueda –y hallazgo– del Señor.

Generaciones y generaciones de alumnos de los padres y hermanos jesuitas en el colegio hemos vivido con intensidad el ejemplo de san Alonso. Es más, hemos oído hablar casi más de san Alonso que de san Ignacio.



Alonso Rodríguez es quizá uno de los más notables ejemplos en la Compañía de la radicalidad ignaciana. Él vive con inusitada intensidad a la manera de san Ignacio.

Si uno analiza los Ejercicios espirituales, a cada paso podría detenerse para observar su vida ejemplar. Para el santo de Montesión no existe duda del principio y fundamento, del desarraigo y vaciamiento interior para la búsqueda del plan originario de Dios. Alonso visualiza continuamente a Dios (recordamos es «Ya voy, Señor»), sale al encuentro del Señor Resucitado, como consuelo y Amigo. En sus consejos a todos los que acuden a la portería, aplica el discernimiento. Se encuentra permanentemente en situación de preparación y disposición del alma. En definitiva, encarna como nadie el espíritu ignaciano de «En todo amar y servir». San Alonso llevó una vida de amor y servicio.

En él se hace permanente la alabanza, la adoración y el servicio a Dios. En él se aprecia como a nadie la soledad acompañada y el silencio sonoro, que –lejos de ser simples juegos de palabras– encierran una espiritualidad profunda.

Curiosamente, no era un intelectual, sino una persona con una instrucción media, nacido en una familia de mercaderes dedicada a la

lana, y que tuvo que interrumpir sus estudios universitarios para dedicarse al negocio familiar. Y en cambio, en un mundo con las comunicaciones tan precarias, hace gala de un conocimiento exacto de los Ejercicios Espirituales que san Ignacio comenzó a escribir en la cueva de Manresa. No solo eso, los vive y predica con su vida cotidiana.

SAN ALONSO Y EL ARTE

El fondo artístico que ha generado el santo no es de menor importancia. Montesión alberga una colección de pintura notable sobre san Alonso, desde la *Vera effigies* hasta las escenas de su biografía interpretadas por Salvador Torres (de niño, los primeros votos, su muerte, san Alonso glorioso...).

Especial importancia hay que dedicar al cuadro de la aparición de la Virgen en Bellver, obra de Sebastián Gallés, que recoge el momento en que san Alonso acompañaba al P. Matías Borrasá, SJ, superior de Montesión, hasta el Castillo de Bellver en una fecha sin concretar entre 1573 y 1576, para dar la comunión a la esposa y la hija del Virrey de Mallorca. Cuenta la tradición que la Virgen se le apareció a Alonso y le secó el sudor de la frente. En este enclave inicialmente se instaló un monolito y en



Varios rincones del colegio y la iglesia de Montesión, donde san Alonso fue portero durante cuarenta y seis años.

1885 se construyó un oratorio, del que es titular Nuestra Señora de Bellver, presidido por una imagen de la Virgen, obra del escultor Guillermo Galmés.

Particular importancia merece el óleo de Francisco de Zurbarán *Visión de San Alonso Rodríguez*, depositado en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en Madrid. No tanto por el hecho de que un pintor de renombre del barroco español recibiera el encargo de pintar al santo de Montesión, sino por el año en el que se pinta la obra, 1630, a los pocos años de su fallecimiento. Lo que da idea de la importancia que se le concedía al entonces venerable Alonso Rodríguez.

El género de la escultura no es menor. La imagen de san Alonso de Tomás Vila, que presidió el centro del claustro de Montesión durante décadas y desde hace un tiempo se encuentra en un lateral, es la que mejor describe gráficamente al santo de Montesión. Como ya hemos dicho, en actitud permanente de levantarse de la silla, llaves en mano, al escuchar el toque de la campanilla, elevando el rostro y el corazón al Señor que viene.

La capilla de san Alonso, en el interior de la iglesia de Montesión, alberga una urna a tamaño real con el cadáver figurado de san

Alonso en cera, del escultor Guillermo Torres, en cuyo abdomen se encuentran sus restos mortales.

Y, para terminar, tenemos que referirnos al medallón en bronce, obra del artista jesuita de Montesión P. Miguel Garau, SJ, que recoge la escena de la aparición de la Virgen en Bellver y que fue ofrecido al papa Francisco durante una peregrinación al Vaticano en febrero de 2015.

SAN ALONSO Y EL PAPA FRANCISCO

San Alonso no es un santo más del martirologio romano, ni mucho menos, de la Compañía de Jesús. Por el contrario, goza de predicamento universal y se encuentra presente en la vida jesuítica.

En 1983 el jesuita argentino Jorge Mario Bergoglio visitó Montesión durante unas semanas. Su devoción por san Alonso ya venía de antaño. En Mallorca adquirió una escultura de bronce del santo, que llevó consigo a la parroquia bonaerense dedicada a san Alonso.

En su discurso a los miembros de la Congregación General 36 de la Compañía de Jesús, el Santo Padre insiste en el «servicio de la alegría y de la consolación espiritual», que se traduce en animar a todos a «pedir insistentemente la consolación a Dios». Solo recuperando el

La vida de Alonso, desde su más tierna infancia, se aproxima a los valores de la santidad: la humildad, la devoción, la entrega y la pobreza.

sentir de san Alonso, y su ejemplo cotidiano, podemos mantener viva la esencia jesuítica, que no es otra cosa que la esencia de Dios.

«Ya voy, Señor» es el resumen de la vida de san Alonso Rodríguez. Una expresión que condensa el fin último del ejercitante ignaciano: «Tomad, Señor». Que cuatrocientos años después siga vigente y sea un referente y un ejemplo a imitar: ¡Ya voy, Señor. Tomad, Señor!

FELIO JOSÉ BAUZÁ MARTORELL

